

Breve apunte acerca del oficio de historiador y de la historiografía navarra

Francisco MIRANDA

No descubro ningún arcano si digo que la historia regional, pero sobre todo la historia local, han venido siendo feudo tradicional de eruditos y de personas que se dedicaban a la historia desde un ámbito poco profesional, cuyo trabajo se fija más bien en la descripción de los hechos concretos que en la interpretación de los mismos. Una situación que se ha mantenido hasta hace unas décadas, ya sea porque en la universidad se minimizaron los estudios locales o por falta de historiadores de oficio que dirigieran sus proyectos de investigación hacia estudios de ámbito local o regional. Lo cierto es que a partir de los años ochenta del pasado siglo, el interés por la investigación regional y local ha sido importante. Llegar al conocimiento de lo general mediante el análisis y el estudio de lo particular, es conocer el todo por las partes, este método ha sido y sigue siendo, uno de los procedimientos científicos utilizados en muchas disciplinas. La construcción de la historia regional y local carece de sentido si no se la dota de un ámbito más amplio, de una perspectiva más ambiciosa y se interconecta con teorías generales. Hay que buscar una interpretación y clarificar la relación entre lo local y global. Es evidente, que los hechos concretos favorecen la definición del conocimiento, pero no son incompatibles para construir amplias síntesis históricas.

29

Al hilo de esta primera reflexión me surgen dos cuestiones importantes, que hemos debatido los historiadores en diferentes ocasiones y que ahora quiero apuntar en estas líneas, aunque sea someramente. La primera, qué se entiende por historiador o historiador de oficio. La segunda, comentar el incremento tan notable que han tenido las aportaciones historiográficas regionales y locales a partir de los años ochenta, en este caso de Navarra.

Actualmente el historiador de oficio es visto como un perturbador. Alguien que se propone complicar aquello que se pretende simplificar y reducir a un eslogan o a un mito. Periodistas y publicistas reconstruyen con demasiada frecuencia la imagen de nuestro pasado, para ponerla al servicio de determinados intereses. No queremos ser historiadores cortesanos, dóciles y cómodos ante el poder político. El historiador de oficio sabe que el pasado tiene sus propias reglas y no tiene por qué servir para conmemoraciones políticas del presente. El desencuentro entre el historiador y las instancias del poder están en la base misma de la propia disciplina. En la predisposición que tienen las instituciones, para que sus técnicos sirvan a sus intereses con la construcción de un discurso histórico adaptado a sus propias exigencias institucionales. Nada más lejano al oficio de historiador, pues éste debe descubrir las complejidades del objeto de estudio, manteniendo su pasado en su pasado, como diría Hayden White. No debe hacerse del pasado un nuevo mito. En todo caso hay que aceptarlo como tal y tratar de comprenderlo.

Las ideologías legitiman el orden social y político a través del discurso mítico y tecnocrático, desde Rousseau el poder no puede basarse solo en la fuerza, sino también en el conocimiento. Está claro que el Estado es una forma de dominación que necesita justificarse y aunar voluntades en torno a sus valores. El investigador social, que es el historiador de oficio, es consciente de lo que sucedió en otras épocas, de las que puede extraer enseñanzas valederas. Lo que junto con el dominio de las leyes generales de la evolución humana y, del conocimiento histórico de los hechos más relevantes, le confiere una función propia y específica a su labor.

Otro de los problemas que se le plantea al historiador es hallar la fórmula de acceder al gran público sin tener que perder por ello su independencia ni caer en la simplicidad. Cuestión que ha sido debatida en los foros especializados. Se trata de acercar el trabajo de investigación histórica, realizado desde la universidad, a una población cada vez más interesada por conocer su pasado. Al mismo tiempo no podemos renunciar a que tenga su aparato crítico y metodológico, para facilitar futuras investigaciones.

Una segunda cuestión que quiero destacar es el incremento de contribuciones historiográficas de Navarra a partir de 1980. Tan solo el comentario de tales aportaciones daría pie para un artículo, pero no es éste el caso, únicamente mencionaré un pequeño repertorio bibliográfico, muy general, y describiré groseramente algunos factores que han favorecido la evolución historiográfica a partir de esos años.

30

Una de las causas que coadyuvaron a un aumento cuantitativo y cualitativo de la producción historiográfica, sobre todo en el área de historia contemporánea de Navarra, ha sido el afianzamiento democrático de la sociedad, que coincide en la década de los ochenta. En esos años surgieron con verdadera operatividad dos asociaciones muy relacionadas con la historia: el Instituto de Historia Social y Económica Jerónimo Uztáriz y la Sociedad de Estudios Históricos de Navarra, los miembros de ambas instituciones fueron impulsores de numerosas actividades científicas y lograron cubrir lagunas importantes de la historia contemporánea de Navarra mediante publicaciones (Actas de Congresos) y la formación de varios grupos de investigación. También tienen que ver en el avance y mejora de la producción historiográfica, los departamentos de historia de las dos universidades navarras y el incremento de las ayudas financieras para la investigación del Gobierno de Navarra. El servicio de publicaciones de la Institución Príncipe de Viana ha contribuido en estos años a que aparezcan nuevas publicaciones tanto monografías como numerosos artículos en las revistas que dirige.

En la década de los noventa al dos mil, se han publicado algunas síntesis de historia de Navarra, destacaría la editada por el Gobierno de Navarra, *Historia de Navarra* de cinco tomos y varios autores. También, *La Gran Enciclopedia de Navarra* y el *Atlas de Navarra*, han sido dos aportaciones interesantes. De García-Sanz Marcotegui el *Diccionario biográfico de los diputados forales de Navarra*, resulta muy útil para el conocimiento de la institución foral y de las elites Navarra. Para comprender la Ley de Modificación de Fueros o Ley Paccionada de 1841 es fundamental el estudio de Martínez Beloqui, *Navarra, el Estado y la ley de modificación de fueros*, la autora analiza con precisión una ley tan polémica y llena de numerosas

interpretaciones sin abandonar el contexto histórico en que se realizó. Para conocer la evolución económica que experimentó la nobleza con título, tanto la nacida en Navarra, como los nobles que no eran de la tierra, pero disponían de haciendas en Navarra, desde mediados del siglo XIX hasta el inicio de la guerra civil del siglo XX, ha escrito Virto Ibáñez una monografía titulada, *Tierra y nobleza en Navarra (1850-1936)* publicada por el Gobierno de Navarra. El carlismo ha jugado un papel determinante en el escenario social y político navarro, contamos con varias aportaciones, la de Blinkhor es una espléndida síntesis de carácter general. El estudio del liberalismo ha sido postergado en pro del carlismo, dada la falta de trabajos sobre el liberalismo y por la tendencia de los historiadores a considerar, con cierta precipitación, la poca relevancia que tenía el liberalismo en Navarra. Investigaciones recientes como: *Liberalismo y milicia nacional en Pamplona durante el siglo XIX* de Herrero Maté han demostrado lo contrario. Tampoco abundan estudios que traten sobre la transición entre la crisis del régimen absolutista y el liberalismo, que coincide en el tiempo con la invasión napoleónica de España y la quiebra del Reino de Navarra, Miranda Rubio analiza en su monografía, *Guerra y revolución en Navarra (1808-1814)* este difícil momento histórico lleno de incertidumbres y miseria. En cuanto a los aspectos económicos, es preciso señalar dos monografías interesantes, la de Garúes, *Empresas y empresarios en Navarra. La industria eléctrica, (1888-1986)*, es uno de los pocos estudios que analizan la industria navarra, el autor logra llevarnos de la mano por las diferentes vicisitudes del sector eléctrico, que no siempre fue rentable. La otra monografía es de García Guillén, cuyo título, *La industria azucarera en Navarra*, nos describe con gran acierto la situación del sector remolachero, desde finales del XIX hasta los años setenta del siglo XX. Ambos trabajos han sido editados por el Gobierno de Navarra. Por último, me ha parecido obligado citar alguna obra sobre demografía histórica en Navarra. Un estudio demográfico completo y necesario para conocer la evolución poblacional de Navarra, en un amplio periodo de tiempo, es el libro de Sánchez Barricarte, *El descenso de la natalidad en Navarra (1786-1991)*, el autor se centra fundamentalmente en la nupcialidad y la fecundidad, la obra ha sido también editada por el Gobierno de Navarra.

En resumen, la historiografía navarra en estas últimas décadas, además de aumentar el número de sus investigaciones, lo ha hecho a partir de la aplicación de nuevas perspectivas metodológicas. También han surgido nuevos temas en el escenario historiográfico, con todo, hay que reconocer que faltan trabajos relacionados con las transformaciones sociales que se manifiestan en Navarra durante el siglo XX, así como estudios locales y de microhistoria. En estos últimos años se han llevado a cabo, desde el departamento de Geografía e Historia de la Universidad Pública de Navarra, la historia de Villava y Andosilla.